

CAPÍTULO IV

LA IZQUIERDA PLURAL

Las experiencias americanas y europeas son concluyentes en torno a la necesidad de unir a todos y todas aquellos que, provenientes de entornos y realidades particulares y desde una perspectiva democrática, rechazan al lucro como principio ordenador de las relaciones sociales. Una unidad que pasa imprescindiblemente por la organización política popular.

Replantear la idea de progreso no sólo requiere de una propuesta económica y social alternativa, se hace necesaria la voluntad de alcanzar el poder y una estrategia política para obtenerlo. Los conceptos claves a este respecto son democracia radical y participación. Democracia radical que constituye la premisa de un proyecto de sociedad alternativo. Democracia radicalizada que significa ir mucho más allá de la “democracia restringida”, de “baja intensidad”, o como se le quiera denominar al proyecto político alienante del Capitalismo Global. Democracia radicalizada que implica acortar la distancia entre el poder y la gente, promover la tolerancia y la igualdad así como descentralizar y perfeccionar los instrumentos de representación.

Participación es el otro elemento de la mancuerna. El fundamento de la participación parte de la premisa que no sólo es posible (en términos de factibilidad económica y ambiental) una alternativa al neoliberalismo, sino que ésta es moral, ética y políticamente necesaria. Participación que implica articular políticamente todas aquellas luchas que desde una perspectiva filosófica orientada por la democracia y la igualdad, comparten la aversión a la mercantilización de la vida social y el dominio del mundo por el capital.

Democracia radical y participación nos remiten al tema de la organización política; cómo las fuerzas progresistas se organizarán eficazmente en el marco de la globalización.

Si el replanteamiento político de la idea de progreso se articula en torno a los conceptos de democracia radical y participación, las divisiones, y animadversiones del pasado -*en la mayoría de los casos*- carecen ya de sentido. La división de la izquierda entre socialdemócratas y comunistas que se remonta al rompimiento de la II Internacional y que se mantuvo hasta el fin de la Guerra Fría, es anacrónica. A partir de esa división, el comunismo se convirtió en referente para millones de seres humanos que ilusionados por la construcción de un proyecto colectivista en la Unión Soviética, creyeron firmemente en la inminente caída del capitalismo y el triunfo del proletariado, que representaría según Engels “el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad”. La socialdemocracia, que a partir de Eduard Bernstein ubica su horizonte político en el “movimiento” y no en la meta final, se transformó en una fuerza política limitada a “humanizar” al sistema, a través de una negociación entre el capital y el trabajo y la creación del Estado de Bienestar. Una estrategia que tuvo sentido y factibilidad en el siglo XX, como tercera vía entre el comunismo y el capitalismo manchesteriano.

La deshumanización y burocratización del Socialismo Histórico y la caída de la Unión Soviética, implicaron el fracaso del proyecto surgido con la Revolución de Octubre. El fin de la Guerra Fría y el agotamiento del keynesianismo y del Estado de Bienestar, precipitaron el declive de la socialdemocracia como alternativa reformista de cambio social. La mayoría de las iniciativas de renovación de la socialdemocracia que se han verificado hasta el momento, ofrecen pocas esperanzas de que esta regeneración se haga desde la izquierda, pues más bien, cuando en los últimos años se ha hablado de “renovación”, en realidad se hace referencia a grados variables de asimilación dentro del liberalismo.

Algunos autores como Tomás Moulian, son categóricos en caracterizar la caída de estas dos grandes familias como un fracaso, en el tanto no lograron revertir el sistema capitalista. Se hace necesario repensar una afirmación tan categórica. Aun y cuando en la época actual ambas propuestas –*por lo menos como las conocimos en el siglo XX*- no ofrezcan soluciones, respuestas, y mucho menos una alternativa al Capitalismo Global, no se puede tirar por la borda todo el pasado del movimiento político más allá del agotamiento de un modelo particular. Las conquistas políticas y sociales del socialismo democrático no se pueden negar. No sería justo ni honesto desde el punto de vista intelectual, negar que aquellas tentativas por crear un orden social y económico más apegado a los valores socialistas, se concretaron gracias a la acción política del socialismo democrático¹.

Más allá de las limitaciones que en el pasado reciente ha tenido la práctica política de la izquierda, las nuevas circunstancias exigen un nuevo planteamiento político y organizativo, pues ni la hegemonía del neoliberalismo ni la crisis de estas dos grandes familias del movimiento progresista, suponen el fin de las ideologías ni mucho menos de la izquierda. Moulian dice al respecto:

“Parece haber sucumbido la esperanza central del siglo XX, la convicción de que los sujetos colectivos podían hacer la historia en cuanto construcción de un futuro distinto, no como mera reproducción. Pero ¿qué es lo que ha muerto? (...) no la explotación ni la pobreza, ni los privilegios o las iniquidades. No hay una mejoría o una humanización del capitalismo, como muchos lo quieren creer. Somos víctimas de la desilusión respecto a nuestros proyectos del pasado, más que partícipes de la humanización del capitalismo”²

Todos los desafíos a la democracia, a la igualdad y en general a la sobrevivencia de la humanidad esbozados en el capítulo I, constituyen el acicate fundamental para este replanteamiento político de la idea de progreso. Mientras el Capitalismo Global continúe -*como una dinámica inherente a su funcionamiento*- extendiendo la explotación, la injusticia, la exclusión, habrá resistencia. El hecho de que haya habido respuestas equivocadas no quiere decir que las preguntas no sigan vigentes.³ Esta resistencia

¹ Michael Harrington dice en *Socialism Past and Future*: “I have demonstrated by means of sleeping historical analysis that something called “socialism” is the logical response to the predicament of freedom and justice on the eve of the twenty-first century (...). Under those conditions, I would still argue that the democratic socialist movement has done more for humanity-spiritual as well as materially- than any other social or political movement.” Op cit p. 20

² Moulian, Tomás. *Socialismo del siglo XXI, la quinta vía*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2001. p. 21

³ González, Felipe. *¿Qué era? ¿Qué es? El socialismo*. Ediciones Destino. Barcelona, 1997. p. 42

ciertamente puede asumir muchos perfiles, no necesariamente progresistas⁴, pero sin duda representa un desafío y una oportunidad para una izquierda renovada que, sin olvidar de donde viene, su lealtad a los valores y hacia aquellos que dedicaron sus vidas a luchar por un mundo más justo e igualitario, pueda replantear con éxito un proyecto político, social y económico frente al liberalismo realmente existente.

Durante casi todo el siglo XX, comunistas y socialdemócratas practicaron estrategias que, concentrándose únicamente en la conquista del aparato estatal, suponían *–una vez que se llegara al poder–* un cambio en el sistema. Esto como se sabe, no sucedió. La toma del poder por los comunistas fue la sustitución de un régimen opresivo por otro igualmente opresivo. Tampoco los socialdemócratas se atrevieron a cuestionar las bases mismas del capitalismo, limitándose a “humanizarlo”. Para Wallerstein, esta realidad queda especialmente clara en los convulsos sucesos políticos y sociales de 1968. El 68' surge de la sensación que el desarrollo nacional no había ocurrido. Una protesta contra la hegemonía de los EE.UU. en el sistema mundial, pero también una protesta contra la ineficacia de los movimientos llamados de la “izquierda histórica”: socialdemócratas, comunistas y movimientos de liberación nacional, que eran atacados por no haber transformado realmente al mundo tal y como lo habían prometido:

*“La estrategia (...) no había logrado transformar al mundo. De esto se trató la revolución mundial de 1968; del fracaso de la vieja izquierda en su intento por transformar al mundo. Esto llevó 30 años de debate y experimentación sobre alternativas a la estrategia orientada hacia el Estado que ahora parecía equivocada”.*⁵

Los cambios que la izquierda plural está llamada a hacer implican ver al futuro asimilando las lecciones de casi trescientos años de lucha, pero a la vez superando los vicios, los dogmatismos. Hay un pasaje de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* que resulta particularmente oportuno recontextualizado en la época actual:

*“La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos para cobrar conciencia de su propio contenido.”*⁶

Las grandes movilizaciones populares contra el neoliberalismo en Latinoamérica, capaces incluso de tumbar gobiernos, no deben hacernos caer en falsos triunfalismos y suponer que estamos a la vuelta de la esquina de un cambio sistémico. El realismo crítico, necesario en cualquier proyecto político, reclama ser consciente de la fuerza del sistema hegemónico y sus guardianes. Los bloques dominantes han demostrado *–a pesar de lo agotado del modelo que se empeñan en defender–* una sorprendente capacidad de recomposición hegemónica, como lo demuestran los casos de Ecuador, Bolivia y Argentina.

⁴ El rechazo hacia el Capitalismo Global también puede expresarse desde posiciones fundamentalistas o de extrema derecha.

⁵ Wallerstein, Immanuel. *Porto Alegre 2002*. La Jornada. México, 10 de febrero del 2002.

⁶ Marx, Carlos. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. C. Marx – F. Engels *Obras escogidas*. Tomo I. Editorial Progreso. Moscú, 1976. p 410

No obstante, la posibilidad de refundar una izquierda plural –*especialmente en Latinoamérica*– se presenta a inicios del nuevo siglo como un proyecto políticamente factible. La articulación de las recientes luchas sociales contra el neoliberalismo en el continente, vislumbra la posibilidad de una izquierda nueva y amplia, sin complejos ante el “supuesto” Fin de la Historia y el triunfo del Pensamiento Único; una izquierda mucho más plural e inclusiva; sin dogmas; más consciente de la necesidad de resistir políticamente al Capitalismo Global y sus complicados mecanismos de explotación.

En el capítulo anterior se analizó el rol de una nueva izquierda en la conducción de las luchas populares contra el neoliberalismo en cuatro países latinoamericanos. En uno de los extremos, el caso de Brasil, donde el PT y otros actores socio-políticos como el MST, han iniciado un proceso de construcción hegemónica posibilitando la cimentación de un bloque popular capaz de conquistar el gobierno desde al ámbito local al nacional. En el otro extremo, el caso de Argentina, país en el que, el enorme rechazo al modelo dominante y a sus gestores políticos, no ha podido ser políticamente orientado hacia una auténtica alternativa progresista.

No basta con que el rechazo del modelo se interiorice progresivamente entre el pueblo, que se haga cada vez más evidente la naturaleza deshumanizante del Capitalismo Global y su propensión inevitable a la exclusión. Hace falta movilizar. A la derecha no le importa movilizar, no sólo por su ancestral desconfianza hacia la democracia y la participación, sino porque no quiere transformar nada. Pero la izquierda no puede prescindir de movilizar ni mucho menos de concienciar, pues “ganar la cabeza” de las personas es una condición fundamental para superar al sistema, pero movilizar es imprescindible⁷. Cómo hacerlo a través de una conducción plural y democrática, se constituye, prácticamente en el principal desafío que enfrenta el movimiento popular. Marta Harnecker, posiblemente la más conspicua analista en el tema de la recomposición de la izquierda en Latinoamérica, dice:

*“Una organización política es necesaria (...) porque debemos ser capaces de vencer fuerzas inmensamente más poderosas que se oponen a la transformación por la que luchamos, y ello no es posible, como expresé anteriormente, sin una instancia formuladora de propuestas capaz de dotar a millones de hombres de una voluntad única, es decir, de una instancia unificadora y articuladora de las diferentes prácticas emancipatorias”.*⁸

Por supuesto que la necesidad de un instrumento político implica ir más allá de los procesos electorales pues éstos por sí mismos no transforman el mundo, y una izquierda plural no puede limitarse únicamente a la búsqueda del poder estatal a través de la participación electoral. Pero no pueden ser despreciadas, ya que son un mecanismo esencial para proteger las necesidades inmediatas de las poblaciones del mundo contra la búsqueda del lucro⁹.

⁷ Navarro, Julia et al. *La izquierda que viene*. Espasa. Madrid, 1998. p. 70

⁸ Harnecker, Marta. *La izquierda en el umbral del Siglo XXI*. Siglo XXI Editores. Madrid, Octubre 2000. p. 308

⁹ Wallerstein, Immanuel. *Una política de izquierdas para una época de transición*. Conferencia impartida en la *Socialist Scholars Conference*, New York, 13 de abril de 2001. Revista Iniciativa Socialista. Madrid.

Instrumentos idóneos para tiempos nuevos

El diagnóstico y la terapia pasan, primero que todo, por replantear el marco de instrumentos de lucha política y social como parte de un proceso de “cambiarnos para transformar la sociedad”. El partido político debe transformarse y adaptarse a los requerimientos de la sociedad y de las diversas luchas enmarcadas en el Capitalismo Global. Atrás queda el modelo de partido monolítico, centralista, burocrático, jerárquico o limitado únicamente a ser una maquinaria electoral sin ninguna relación orgánica con la sociedad y los movimientos sociales, a los que podríamos definir como aquellos movimientos semiestructurados que surgen como reacción crítica contra algunos aspectos de las estructuras económicas desarrollando formas de actuación política al margen de las organizaciones políticas tradicionales y por lo general fuera del ámbito de los caces políticos establecidos.¹⁰ Atrás queda el uso instrumental de la movilización social limitada a las coyunturas políticas y a la lucha por el poder estatal¹¹. Atrás queda también la concepción del gobierno como único medio de hacer política.

La misma concepción del partido como sujeto político privilegiado se cuestiona. Los partidos son necesarios, pero no son los únicos vehículos de cambio social, como lo demuestran las experiencias recientes de los Nuevos Movimientos Sociales, NMS, en Latinoamérica y en el ámbito mundial el “movimiento de movimientos” de resistencia al Capitalismo Global, cuya expresión más significativa es el Foro Social Mundial.

La crisis que afectó a la izquierda desde finales de los años ochenta y especialmente desde la caída del Socialismo Histórico, abrió el campo para una nueva forma de activismo, que insistía en la independencia del Estado y los partidos a fin de retirándose a lo “social” para reconstruirse o iniciar proyectos novedosos. A partir de esto, en no pocas ocasiones han sido los movimientos sociales los que han cuestionado más a fondo al sistema, adquiriendo *-en algunos casos-* un perfil marcadamente subversivo con respecto a los órdenes sociales actuales, pues los cambios que exigen implican transformaciones sociales muy audaces y una ampliación radical de la democracia¹².

Esta ampliación de la democracia y la defensa que los NMS han hecho de conceptos alternativos de raza, mujer, ambiente, inclusión, desarrollo, integración, que cuestionan la cultura política dominante, así como su capacidad para transformar el orden político, remiten en algunos casos a la definición de un nuevo tipo de ciudadanía solidaria y un ejercicio nuevo de responsabilidades, una nueva relación entre lo privado y lo público. La apuesta a una nueva relación democrática que va más allá de los límites de las instituciones políticas tradicionales y que actúa con una lógica distinta a la del Estado o del mercado¹³. Es una profundización y radicalización de la democracia que no se limita a la democratización de un régimen, sino a la democratización de la sociedad como un todo y que apela a una ética, cívica y universalista¹⁴.

¹⁰ Tezanos, José Félix. La democracia incompleta: el futuro de la democracia postliberal. Biblioteca Nueva. Madrid, 2002. p. 383

¹¹ Modonessi, Massimo. *Izquierda Institucional vs. Izquierda Social*. Rebelión. www.rebellion.org/izquierda.htm

¹² Hunter, Allen. *Los nuevos movimientos sociales y la revolución*. Nueva Sociedad No. 136, marzo 1995. p. 23

¹³ Dagnino, Evelina. Cultura, ciudadanía y democracia: los discursos y prácticas cambiantes de la izquierda latinoamericana. en *Política cultural y cultura política*. Taurus, Bogotá. 2001. p. 71

¹⁴ Ibarra, Esteban. *La izquierda social y el futuro del socialismo*. Revista Sistema 145-146. Septiembre 1998. Madrid. p. 101

En cuanto a la capacidad de movilización de los movimientos sociales en el ámbito internacional, ésta ha sido especialmente notable a partir de dos hechos: la lucha contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones, AMI, en 1998, cuya implementación fue detenida por una campaña internacional organizada por activistas y la reunión de la OMC en Seattle, boicoteada por una coalición de ambientalistas y sindicalistas. A partir de estos sucesos, los NMS, cada vez más articulados a escala planetaria, han podido ubicar ante la opinión pública internacional una agenda alternativa a la neoliberal. Los movimientos sociales han logrado despertar muchas conciencias críticas *-aletargadas por la hegemonía cultural del neoliberalismo y por la inoperancia de la izquierda política-* que han vuelto a activarse ante el empuje y creciente legitimidad que adquieren los NMS.

Estas movilizaciones han tenido un impacto indiscutible. Resulta muy difícil de imaginar el avance que ha experimentado la izquierda en Latinoamérica y el mundo sin tener en cuenta esta realidad. La gran mayoría de las movilizaciones populares contra el neoliberalismo no han sido organizadas por partidos, sino por los movimientos sociales progresistas, que incluso, una vez que han adquirido un alto grado de madurez, han creado sus propios instrumentos políticos como el Pachakutik en Ecuador o el MAS en Bolivia.

Esta situación objetiva no puede seguir siendo subestimada o deliberadamente ignorada por la izquierda política. En la lucha contra el neoliberalismo los partidos de izquierda son apenas uno de tantos actores, pero no los únicos, hay otros sujetos sociales con legitimidad y apoyo. Esto no significa sobre-valorar políticamente el potencial que los movimientos sociales poseen. María Celia Paoli dice:

“No se trata de decir que los movimientos sociales sean, en si mismo, intrínsecamente virtuosos en términos políticos. Más bien, los movimientos sociales son importantes porque constituyen, en el terreno conflictivo de la vida social, escenarios públicos en los cuales los conflictos ganan visibilidad y los actores colectivos se convierten en interlocutores válidos.”¹⁵

Se trata de reconocer las limitaciones de los instrumentos tradicionales (partidos) en el marco de una lucha que definitivamente, requiere la confluencia de más actores. Una recomposición plural de la izquierda ya no puede limitarse únicamente al eje partido-sindicato. No se puede pretender desde el partido, que el propio proyecto político representa el interés de todos los ciudadanos. Las luchas sociales del futuro serán múltiples en su especificidad y múltiples en sus protagonistas; no se concentrarán únicamente en el Estado ni estarán siempre referidas estrictamente a lo político, aunque todas serán luchas políticas.¹⁶

Esa ampliación de la conflictividad social y de la pluralidad de antagonismos inherentes al Capitalismo Global, hacen que la conquista de la hegemonía signifique lucha en todos los frentes (trincheras), lo que implica también que la batalla por la democracia no es exclusiva de las cúpulas políticas o institucionales. Estas circunstancias exigen un entendimiento y una división de responsabilidades entre los partidos y los movimientos sociales. Es por eso que una verdadera transformación requiere el concurso de la izquierda social y la izquierda política en una izquierda alternativa y plural.

¹⁵ Paoli, María Celia et al. *Derechos sociales: conflictos y negociaciones en el Brasil contemporáneo*. en Política cultural y cultura política. Taurus, Bogotá. 2001. p. 89

¹⁶ Moulán, Tomás. *Socialismo del siglo XXI, la quinta vía*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2001. p. 174

Esta tarea sin embargo, no se presenta como algo sencillo. Persiste aún mucha desconfianza entre ambos sectores. Para algunos movimientos sociales, la izquierda que gobierna o aspira a gobernar, ha abrazado unos parámetros reñidos con los ideales emancipatorios que le dieron origen, ha hecho demasiadas concesiones al liberalismo realmente existente. Le critican su inutilidad para algo más que “embarcar” a sus sociedades en el ritual de las elecciones cada cuatro años¹⁷. Estas acusaciones son objetivamente, difíciles de refutar. Aun más, en muchos casos, la izquierda política se acercó a los NMS desde una concepción instrumental y partidista, concibiéndolos como meras “correas de transmisión”.

Por su parte, algunos sectores de la izquierda política, aunque reconocen el protagonismo de los movimientos en las luchas sociales contemporáneas, acotan sus limitaciones, resaltando su profunda heterogeneidad, la diversidad de las agendas, ciertas características “gelatinosas” que dificultan su cabal definición¹⁸ y el hecho de que no todos los movimientos sociales contemporáneos tienen al socialismo en su horizonte político. Asimismo, se cuestiona la desconfianza hacia algunas, estrategias que prescindan de los partidos y del Estado. Octavio Rodríguez Araujo, veterano de la izquierda mexicana plantea:

“El énfasis en la Sociedad civil y el relativo rechazo a los partidos políticos y a la política se ha traducido en la defensa a ultranza de los movimientos sociales, del movimientismo o de los que Marx llamaba comunidades de acción en las que no era posible, sin riesgos de desunión, definir un programa de acción o metas finales por las cuales luchar más allá de coyunturas específicas.

Algunos defensores del movimientismo han recurrido, fuera de contexto, a una frase de Marx de 1875, que decía: “cada paso de movimiento real vales más que una docena de programas”. Esta expresión se refería precisamente a su Crítica al Programa de Gotha, programa entre corrientes contradictorias e irreconciliables que, a lo más, debieron formar una comunidad de acción, “concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común”. Lo más que concedía Marx a este respecto lo expresó con toda claridad en una carta a Engels en 1869. En esta carta Marx decía: “La comunidad de acción que hizo nacer la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional), el intercambio de ideas mediante los diferentes organismo de las secciones en todos los países y, finalmente, las discusiones directas en los congresos generales, también crearán gradualmente el programa teórico común del movimiento obrero general.” Esto es, Marx no descartaba que de una comunidad de acción pudiera al final surgir un programa teórico común del movimiento de los trabajadores, pero con esto no soslayaba la necesidad de dicho programa ni de un fin último acordado como estímulo y orientación de la lucha revolucionaria”¹⁹

Algunas de estas actitudes de desconfianza hacia la política, patente en algunos sectores de la izquierda social, han llegado a traducirse en un franco rechazo a los partidos, como

¹⁷ Escudero, Manuel. *¿Crisis de la socialdemocracia?* El País. España. Viernes 22 de febrero de 2002

¹⁸ Modonesi, Massimo. *Ibid.*

¹⁹ Rodríguez Araujo, Octavio. *La izquierda en el mundo, problemas y perspectivas.* Rebelión. www.rebelion.org/izquierda.htm

ejemplos podemos citar la creación del Frente Zapatista de Liberación Nacional como frente político del EZLN, en el cual no se permitió incluir a miembros de partidos políticos. En el propio FSM, no se permite la participación directa de partidos políticos, lo cual ha dado origen a un debate interno sobre la conveniencia de mantenerse al margen de la izquierda política o por el contrario, incluirla, en vista de que se trata de otro de los frentes de lucha contra el neoliberalismo²⁰.

La desconfianza hacia las actitudes “antipolíticas” una de cuyas expresiones más significativa en Latinoamérica ha sido el “que se vayan todos”, se fundamentan también en que, a través de esta negación de la política se deja de lado también la cuestión del poder e implícitamente la cuestión del modo de producción capitalista, cuya lógica y funcionamiento sigue siendo imprescindible para entender la globalización.

A pesar de estas desconfianzas mutuas, no se puede renunciar a la idea de converger en espacios comunes de lucha frente al Capitalismo Global. El camino de tal convergencia puede ir desde el diálogo social y político hasta alianzas coyunturales o permanentes, desde iniciativas de apoyo mutuo o de coincidencia social hasta procesos de integración organizativa, o de promoción coordinada de plataformas sectorializadas²¹. En buena medida, el éxito de esta convergencia de la izquierda política con la izquierda social, requiere –tal y como lo sugiere Marta Harnecker– rechazar el vanguardismo que concibe a la instancia política (partido) como la única capaz de conocer la verdad y el basismo o movimientismo, que sobrevalorando las potencialidades de los movimientos sociales, asume que éstos son autosuficientes.²²

La convergencia entre ambos sectores debe propiciar una nueva cultura política basada en una interlocución no jerárquica ni paternalista. Los partidos deben abrirse a la sociedad y a los movimientos sociales, ponerse a disposición de sus diversas culturas críticas. Uno de los documentos internos del Partido Rifundazione Comunista, PRC, dice al respecto:

“La apertura pasa por el abandono de la idea de relación unívoca entre el partido y la sociedad, es decir, pasa por la construcción de una multiplicidad de relaciones entre esos dos polos. Incluso simbólicamente la idea de círculo sugiere un lugar cerrado desde el que se irradia el trabajo político tras la decisión, como ocurre con la federación y la dirección del partido tras el debate interno y la decisión. En este círculo se marginalizan el saber práctico y la confrontación con los otros saberes y las otras experiencias. La apertura consiste en reconocer la misma dignidad política, el mismo respeto a las zonas tradicionalmente secundarias de la política, a otros sitios politizables y cuya frecuentación puede ser muy útil para formar a un pueblo (...)”²³

Esta apertura deber respetar exorcizar los “hegemonismos”²⁴, abandonar el concepto de la clase obrera como sujeto ontológicamente predeterminado y asumir sin soberbia la autonomía de los movimientos. Fausto Bertinotti, líder del PRC puntualiza:

²⁰ ZETA HORA, quarta-feira, 29/01 2003. Porto Alegre

²¹ Tezanos, José Félix. Op. Cit .p 298

²² Harnecker, Marta. *La Izquierda en el umbral del siglo XXI*. Siglo XXI Editores. p. 305

²³ *Apertura e Innovación: cambiarnos para transformar la sociedad*. Documento de preparación para el congreso del PRC. Roma. Sin fecha. p. 9

²⁴ Javier Diez Canseco distingue hegemonía y hegemonismo: “Hegemonía es la antítesis del hegemonismo, porque este último consiste en pretender imponer la dirección desde arriba, acaparando cargos e

“No nos interesa la hegemonía del partido sobre el movimiento, nos interesa contribuir a la hegemonía del movimientos sobre la sociedad. (...) No es un movimiento anticapitalista. O por lo menos, no lo es todavía. Puede serlo y nosotros trabajaremos para que lo sea”²⁵

Algunos partidos socialistas han asimilado también esta nueva dimensión de cooperación y entendimiento con los movimientos sociales. Quizás la organización que ha ido más lejos ha sido el Partido Socialista Francés, que después de sus traumáticas derrotas en las elecciones del 2001, ha intensificado su proceso de diálogo y convergencia con movimientos sociales como ATTAC, la Vía Campesina, etc. siempre con el horizonte político de una izquierda plural.²⁶ En el marco del Foro Social Europeo llevado a cabo en Saint-Denis en noviembre de 2003, el primer secretario del PSF, François Hollande, afirmó: “nosotros debemos ser la alternativa, el brazo armado, el instrumento política de este movimiento”.

Autonomía y anti-poder

En el debate sobre los encuentros y desencuentros de la izquierda política y la izquierda social es imprescindible hacer referencia a las discusiones que recientemente han tenido lugar sobre autonomía y anti-poder.

Experiencias como la argentina o la zapatista, han replanteado las tesis “autonomistas o del “anti-poder”, en su mayoría asociadas a autores como Tony Negri o John Holloway. Este último, a través de su libro *“Cambiar al Mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy”*, a suscitado una interesante polémica con otros científicos sociales latinoamericanos. En esta obra, el autor irlandés hace una severa crítica a la idea de la obtención de la emancipación como derivación natural de la toma del poder. Holloway establece que la idea de cambiar la sociedad desde el Estado (el cual es o se supone debe ser soberano), que ha sido la base de la estrategia tanto de la izquierda revolucionaria como de la reformista, es imposible. Cambiar la sociedad a través de la conquista del poder logra lo opuesto a lo que se propone alcanzar, pues la evidencia histórica muestra que lo único que se logró fue “preparar jóvenes revolucionarios para burócratas o para soldados”:

“El intento de conquistar el poder implica (en lugar de un paso hacia la abolición de las relaciones de poder), la extensión del campo de relaciones de poder al interior de la lucha en contra del poder. Lo que comienza como un grito de protesta contra el poder, contra la deshumanización de las personas, contra el tratamiento de los hombres como medios y no como fines, termina convirtiéndose en lo opuesto, en la imposición de la lógica, de los hábitos y del discurso del poder en el corazón mismo de la lucha en contra del poder. Lo que está en discusión en la transformación revolucionaria del mundo no es de quién es el poder

instrumentalizando a los demás. No se trata de instrumentalizar, sino, por el contrario, de sumar a todos los que estén convencidos y atraídos por el proyecto que se pretende realizar (...) Estoy convencido que sólo se puede construir la hegemonía si se es capaz de compartir responsabilidades con otras fuerzas”. Citado por Marta Harnecker. *América Latina: izquierda y crisis actual*. Siglo XXI Editores. México, 1990. p. 266

²⁵ Citado por Massimo Modonesi. *Seis ideas fundamentales sobre la izquierda europea*. Revista Memoria. México.

²⁶ *Comment le PS cherche à reprendre pied dans le mouvement social*. Le Monde, Lundi 2 décembre, 2002

*sino la existencia misma del poder. Lo que está en discusión no es quién ejerce el poder sino cómo crear un mundo basado en el mutuo reconocimiento de la dignidad humana, en la construcción de relaciones sociales que no sean relaciones de poder*²⁷

Por añadidura, todas las estrategias para tomar el poder, así como sus instrumentos resultan contraproducentes. La misma estrategia del partido, ya sea como vanguardista o parlamentaria, en su rol de subordinador de la lucha de clases al objetivo dominante de tomar el poder, deviene en un empobrecimiento instrumentalizado de esa lucha.²⁸ Para Holloway, el descontento social se expresa en la actualidad de formas muy diversas: organizaciones no-gubernamentales en campaña sobre temas específicos, por medio de las preocupaciones individuales o colectivas de los maestros, los médicos, a través de los proyectos comunitarios autónomos como los piqueteros, las asambleas barriales en Argentina o incluso, a través de rebeliones masivas como la zapatista. Son todas estas formas de transformar al mundo que –según Holloway– no ubican al Estado como núcleo y que no apuntan a tomar posiciones de poder. Holloway destaca especialmente la voluntad de los zapatistas de hacer un mundo nuevo, de dignidad, de humanidad, pero sin tomar el poder.

A la hora de definir la realidad material del anti-poder, Holloway afirma que ante la desaparición de las organizaciones de masas del proletariado, un sujeto definido ha sido reemplazado por una subjetividad indefinible, por un anti-poder indefinido. El problema del anti-poder no es emancipar una identidad oprimida. Al proporcionar una identidad al descontento: “somos indígenas”, “somos mujeres”, ya se le está imponiendo una nueva limitación. Holloway destaca aquí el significado del pasamontañas zapatista, que no afirma “somos indígenas luchando por nuestra identidad”, sino “nuestra lucha es la lucha de la no-identidad, es la lucha de lo invisible, la de los sin voz y sin rostros”.²⁹

Sin embargo, más allá de estas y otras referencias cuestionables a la experiencia zapatista, la definición específica de dicho anti-poder en Holloway es muy vaga. ¿Cómo cambiamos el mundo sin tomar el poder?: “no lo sabemos”, se contesta a sí mismo Holloway. “Nuestro no-saber es el no saber de aquellos que están históricamente perdidos: el saber de los revolucionarios del siglo XX fue derrotado”. Ante tanta incertidumbre cabe sólo el “preguntando caminamos” de los zapatistas.³⁰

Argumentaciones tan polémicas generaron naturalmente reacciones diversas, especialmente en México y Argentina. En este último país, las experiencias de organización popular “anti-políticas”, como las asambleas barriales o los piqueteros, se habían constituido en los ejemplos típicos del anti-poder utilizados por Holloway. Para sus seguidores argentinos, esas experiencias ciertamente han cambiado la sociedad, la política y hasta parte de la economía sin tomar el poder, pero haciéndose del poder popular de manera implícita. Se dice incluso que el dirigente del partido Autodeterminación y Libertad, Luis Zamora, quien obtuvo un 10% de los votos en las elecciones legislativas del 2002 en la Ciudad de Buenos Aires, declinó participar en las elecciones presidenciales del 2003 haciendo eco de las propuestas de Holloway.

²⁷ Holloway, John. *Cambiar al Mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*. Colección Herramienta. Buenos Aires. 2002. p. 37

²⁸ *Ibíd.* p. 35

²⁹ *Ibíd.* p. 227

³⁰ *Ibíd.* p. 309

Holloway acierta en su crítica del estatismo en el que incurrió la izquierda durante el siglo pasado. Es certero también cuando distingue obtención del poder de realización de la emancipación. Cabría también completar esta distinción con otra: la de llegar al gobierno y la de tomar el poder, espejismo en el que no pocas veces ha incurrido la izquierda.

No obstante, Holloway sobre estima el impacto de experiencias como la zapatista o la piquetera, así como su presunta apoliticidad. No se puede prescindir de la política ni del Estado. Tarde o temprano todos estos movimientos terminan entendiéndolo. Los zapatistas después del alzamiento armado terminan impulsando una serie de proyectos de ley que garantizarían los derechos de los indígenas y que ineludiblemente deberían pasar por el congreso mexicano (un componente fundamental del Estado); los piqueteros vinculados a la CTA o al Bloque Nacional Piquetero, se plantean abiertamente la necesidad de “ser gobierno”; los campesinos sin tierra se organizan a través del MST, pero establecen alianzas estratégicas con el PT a fin de ver cristalizadas sus aspiraciones; los indígenas ecuatorianos o bolivianos se organizan en movimientos sociales como la CONAIE, la Coordinadora del Gas, el Estado Mayor del Pueblo o los parlamentos regionales, pero paralelamente construyen instrumentos políticos como Pachakutik o el MAS, imprescindibles para transformar las relaciones sociales, la producción y la distribución de la riqueza. Como muy acertadamente concluye Armando Bartra:

“...los movimientos post-políticos no necesariamente son antipolíticos; no creen que con tomar el poder se cambia al mundo, pero tampoco piensan que para cambiar al mundo hay que mantenerse al margen del poder, cuando lo que se trata es de no dejarse arrastrar por las inercias del aparato.”³¹

Ciertamente la conflictividad social es compleja, multifacética, se extiende a una variedad de terrenos. La subjetividad también es plural, es la esencia de una democracia radical. Pero el poder está allí. Es una realidad ineludible en cualquier política de cambio social. En la política no hay espacios vacíos. Una izquierda plural no puede –*como solía repetir a Felipe González*- limitarse a soñar un futuro perfecto mientras la derecha gestiona el presente. Como lo acota Chantal Mouffe, el objetivo de una política democrática no puede ser erradicar el poder, sino multiplicar los espacios en los que las relaciones de poder estarían abiertas a la contestación democrática. Hacer abstracción de esto es una peligrosa y contraproducente ingenuidad. Llevar la autonomía a un valor absoluto, en un fin en sí mismo que no se detiene en la no-dependencia de los sectores del poder, sino que se torna particularista y hace del aislamiento un culto y tiende a ignorar el poder existente, su capacidad de asimilación y destrucción. La política de una izquierda plural es –*como en Gramsci*- pensar y actuar en el presente.

Estado, política y cambio social

La política es el espacio imprescindible de construcción de cualquier alternativa progresista, pero reducirla al Estado, es limitarla a la concepción aristotélica de la Polis como sociedad principal que encierra en sí todas las demás. Esta práctica fue influida por el Estructuralismo Marxista que veía en el Estado la condensación de relaciones de poder

³¹ *Notas de lectura sobre el libro de John Holloway. Herramienta. Buenos Aires*

y como lugar específico de la dominación de la sociedad. El único escenario decisivo para las relaciones de poder, y por tanto el único lugar y objetivo pertinente de la lucha política³².

En el plano de lo concreto, esto representa privilegiar estrictamente los procesos electorales, la administración pública y los instrumentos formales del poder; prácticas en los que han caído partidos socialistas y socialdemócratas. En algunos casos extremos, el partido existe únicamente en época de elecciones, cuando requiere el concurso de los ciudadanos o cuando activa sus aparatos clientelistas a través de las organizaciones sociales a las que copa pero no representa. Cualquier inversión de tiempo o recursos en actividades como formación política, comunicaciones, cultura, etc. que no ofrezcan alguna retribución electoral es menospreciada.

Es por lo tanto, necesario rescatar la concepción gramsciana de la política que concibe al Estado, no únicamente como un agregado de aparatos represivos (Sociedad Política), sino como un conjunto de instituciones de la "sociedad civil": la iglesia, los medios de comunicación, las escuelas, los sindicatos, etc. En esta concepción, la sociedad civil se ubica entre el Príncipe y el Mercader.³³

En el contexto de la distinción que Gramsci establecía entre "Oriente" (Rusia en particular) y "Occidente" (la Europa industrializada), se concebía que la Sociedad Política (el Estado) en Oriente lo era todo, mientras que la Sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, la formidable barrera de resistencia que supone la Sociedad civil impidió la revolución. Para Gramsci, la Sociedad civil como el conjunto de los aparatos ideológicos y culturales del Estado considerados "privados" (Iglesia, Escuelas, Información) y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad, supone una línea de trincheras impenetrables que, por lo tanto, hay que conquistar antes de la toma del poder político.³⁴

Precisamente los que el accionar de los movimientos sociales ha traído de nuevo a discusión, es la disputa del poder y su escenario de lucha política en la Sociedad civil. En Latinoamérica, ya algunos sectores de la izquierda empezaron a descubrir que en política

³² Dagnino, Evelina. Op. cit p. 54

³³ Es necesario distinguir entre la concepción burguesa de sociedad civil, que la limita al lugar del desarrollo de las potencialidades del individuo, como espacio para el ejercicio de las libertades; la concepción "angelical" o ingenua, que concibe a la sociedad civil como la organización de los ciudadanos y de todos aquellos que desean el bien, y la concepción analítica o popular de raíz gramsciana, que establece una lectura de la sociedad civil en términos de relaciones sociales. Sociedad civil es el lugar en donde se construyen las desigualdades sociales y en donde existen instituciones y organizaciones que representan intereses de clase divergentes. En el marco de la globalización, las relaciones entre capital y trabajo están des-reguladas como consecuencia de la orientación neoliberal de la economía. Hay cada vez menos fronteras para el capital y las protecciones sociales resisten con muchas dificultades ante poderes de decisión que se le escapan al Estado. Es en sí una domesticación del Estado por el mercado que genera colateralmente nuevas orientaciones: de lo político hacia el mercado, del ciudadano al consumidor. Para Adela Cortina la sociedad civil que necesitamos no es la que se mueve por intereses particularistas -como lo plantearían autores como Hayek-, sino la que "desde la familia, la vecindad, la amistad, los movimientos sociales, los grupos religiosos, las asociaciones movidas por intereses universalistas, es capaz de generar energías de solidaridad y justicia que quiebren los recelos de un mundo egoísta y a la defensiva". (Adela Cortina. *Ética aplicada y democracia radical*. Tecnos. Madrid, 1997). En esta misma línea de pensamiento, François Houtart distingue entonces una sociedad civil "desde abajo", que es expresión de los grupos sociales desfavorecidos u oprimidos y que constituye el germen de las resistencias que se organizan en la actualidad. Esta sociedad civil es quien desea transformar a los ciudadanos y no permitir que sean reducidos a simples consumidores. Ver *Mundialización e las Resistencias: Estado de las luchas 2002*. Ediciones desde Abajo. Bogotá, 2003.

³⁴ Cerroni, Umberto et al. *Revolución y Democracia en Gramsci*. Editorial Fontamara. Barcelona, 1976. p. 20

existía algo distinto del Estado cuando, víctimas de la represión y persecución, no encontraron protección ni solidaridad en los partidos ni en el sistema judicial, sino en la iglesia y otras organizaciones de base.

Esta Sociedad civil –*de acuerdo a Gramsci*- ha llegado a ser una estructura muy compleja que resiste a las explosiones más catastróficas de la coyuntura económica (crisis, recesiones, etc.), la superestructura es en la Sociedad civil, lo que son las trincheras en la guerra moderna³⁵. Gramsci profundiza la importancia de la lucha en el campo de la Sociedad civil en *Pasado y Presente*:

*“la guerra de posiciones exige enormes sacrificios de grandes masas de población, por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía (...) todo esto indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación histórico política, porque en la política, la “guerra de posición” una vez vencida, es definitivamente decisiva”*³⁶.

La lucha por la hegemonía en sus dimensiones cultural y social, es una construcción de formas de poder popular que implica reconocer la heterogeneidad de la Sociedad civil y la aceptación de las manifestaciones socioculturales múltiples. De nuevo volvemos al tema de la movilización. Movilización hacia la construcción de una fuerza social antisistémica, que vuelve a poner el conflicto social en el centro del escenario político. De ahí que la acción política de una Izquierda Plural en el marco del Capitalismo Global, vuelve a ser necesariamente la lucha en todos los ámbitos, requiriendo el concurso de partidos y movimientos. Una actividad diaria y constante en la que la conquista del gobierno (que no es lo mismo que el poder) no es el fin último de la lucha política, sino una fase más de la construcción hegemónica de una nueva sociedad.

*“Un grupo social es dominante respecto a los grupos adversarios que tiene que “liquidar” o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también dirigente”*³⁷.

¿Nuevo Sujeto?

Un nuevo proyecto social alternativo a la altura de las circunstancias requiere abordar el problema del sujeto. La posibilidad de llevar a cabo transformaciones sustanciales en el presente orden mundial, está estrechamente ligada a la articulación de todos los sectores comprometidos con la igualdad y la democracia que se oponen a la mercantilización de la vida social. Esto es un ejercicio político definitivamente marcado por una actitud pluralista, abierta y democrática. Una nueva relación entre la política de izquierda, el conflicto social y la sociedad civil. La diversidad de los actores sociales involucrados en la lucha por la democracia y potencialmente en la creación de la Izquierda Plural es vasta y plantea igualmente una subjetividad plural: trabajadores, obreros, estudiantes, amas de casa,

³⁵ Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. Juan Pablos editor. México. 1975. p. 94

³⁶ Gramsci, Antonio. *Pasado y Presente*. Juan Pablos editor. México. 1977. p. 91

³⁷ Gramsci, Antonio. *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Biblioteca del Pensamiento Socialista. Siglo XXI. México, 1978. p. 486

ecologistas, indígenas, feministas, afro-latinoamericanos, partidos, campesinos, desempleados, pacifistas, cristianos comprometidos, etc; abarcando una diversidad cuyo común denominar es ser víctimas directas o indirectas del Capitalismo Global.

No hay campo aquí para sujetos “privilegiados” ni hegemonismos cuando la comunidad de víctimas es multicultural, policlasista y global³⁸. Dificilmente algún sector estará dispuesto a aceptar la conducción de algún ente sociopolítico, sobre todo después de la autonomía social y la legitimidad ganada en las calles por los movimientos sociales.³⁹ Todos los involucrados en la lucha por la democracia, en la resistencia, en las prácticas culturales emancipatorias, las clases subalternas, el pueblo, son los constructores del poder social que se constituirá en el sujeto de cambio.

En la teoría marxista, todas las formas de opresión eran reducidas a la explotación económica y dominación de clase del capitalismo. Es decir, la extracción del plus-trabajo. Este reduccionismo ya no resulta tan útil ante su incapacidad para asumir otras formas de opresión como el racismo, el machismo, el nacionalismo, la destrucción del medio ambiente, etc. Lo cual no quiere decir que el análisis de clases marxista resulte obsoleto y no pueda ser un instrumento útil a la izquierda. La lucha de clases sigue siendo un fenómeno objetivo, pero integrar una Izquierda Plural pasa por reconocer las múltiples relaciones de dominación que se manifiestan más allá de la extracción del plus trabajo.

Se hace necesario entonces incluir todas esas expresiones de la opresión: explotación, marginalización, violencia, imperialismo cultural, exclusión, etc. También a aquellos cuyas vidas se desarrollan dentro de la irracionalidad sistematizada del consumismo; aquellos que están amenazados por la devastación ecológica⁴⁰. Un nuevo radicalismo deberá incluir en una red de lucha y solidaridad a todos estos sectores ubicados en sus respectivas dimensiones de opresión. El objetivo como lo señala Chantal Mouffe, es construir un “nosotros”, como ciudadanos democráticos radicales.

Reformismo Radical

Más allá del voluntarismo de algunos analistas, ni la revolución está a la vuelta de la esquina ni existen las condiciones para un ataque frontal contra el capitalismo. La lucha de una Izquierda Plural debe ser pensada como un largo proceso que en todos los terrenos, (económico, social, etc.) vaya haciendo necesaria una gestión más democrática de la producción, la toma de decisiones, etc. Esta estrategia de transformación es un proceso gradual y de largo plazo. Tomás Moulian opina:

“No rechaza la posibilidad de acumular poder político en el Estado, para poder introducir reformas legislativas, pero no considera ese el punto medular, sino uno de las cuestiones importantes. El espacio principal de trabajo es la sociedad, buscando la constitución de instituciones o experiencias contrarias al espíritu del capitalismo en la política y la cultura tanto como en la economía y el desarrollo de luchas y combates

³⁸ Dieterich Steffan, Heinz. *Bases de la democracia participativa*. Ediciones La Tierra. Quito, 2001. p. 141

³⁹ El caso de Brasil, en el que un partido de origen proletario es evidencia de que cuando la clase trabajadora ha llevado a cabo un proceso de hegemonización, se debe estrictamente a que este sujeto a consolidado su liderazgo a través de una praxis libertadora.

⁴⁰ Aronson, Ronald. *Alter Marxism*. The Guilford Press. New Cork, 1995. p. 185

múltiples, es especial en el ámbito ideológico para potenciar valores esenciales, como la solidaridad y fraternidad”⁴¹

Se trata de implementar un Reformismo Radical, entendido como medidas de reforma dirigidas a provocar un verdadero impacto en uno o varios aspectos del orden social, una refundación radical de la política, siempre en una dirección igualitaria y enfocada hacia una profundización de la democracia. Un Reformismo Radical que se distingue del reformismo oportunista que no pretende alterar las bases de poder y las estructuras de dominación. Esta división entre las reformas reformistas y las no reformistas no siempre es clara:

“Es reformista la reforma que subordina sus objetivos a los criterios de racionalidad y de posibilidad de un sistema y de una política determinados por. El reformismo rechaza totalmente los objetivos y las reivindicaciones incompatibles con la conservación del sistema, por muy basadas que estén en las necesidades.

Por el contrario, no es necesariamente reformista la reforma reivindicada no en función de aquello que es posible en el marco de un sistema y de una gestión dados, sino en función de aquello que se ha de convertir en posible, en función de la necesidades y las exigencias humanas”⁴²

Tal y como lo afirma Gorz, lo que distingue la lucha por las reformas no reformistas, por las reformas anticapitalistas, es que no hace depender la validez y el reconocimiento de las necesidades a unos criterios de racionalidad capitalista: “la validez y el reconocimiento se determinan, no en función de aquello que puede ser, sino de aquello que tiene que ser”⁴³.

El gran problema de los partidos socialdemócratas es que han dejado de ser reformistas. El exceso de realismo les ha convertido en organizaciones reacias al cambio social en sentido igualitario, esencia de cualquier política de izquierdas. Es más, cuando recientemente en los partidos socialdemócratas se habla de “reforma”, ésta alude al significado perverso que este concepto ha adquirido en el léxico liberal y que hace referencia a transformaciones sociales y económicas regresivas y reaccionarias⁴⁴.

Un nuevo proyecto internacionalista

La globalización evidencia en forma más clara que nunca los límites de la formas tradicionales de la articulación internacional que la izquierda utilizó en el siglo XX. El plano

⁴¹ Moulán, Tomás. Op cit. p. 113

⁴² Gorz, André. Le socialisme difficile. en *La Lucha Socialista. Análisis socialista del capitalismo*. 7x7 Ediciones. Barcelona, 1977. p. 208

⁴³ Ibíd. p. 209

⁴⁴ En la semántica liberal los significados se invierten. El “conservador” es aquel que rechaza a los mercados irrestrictos y la supremacía de la ganancia como valor y principio ordenador de las relaciones sociales. El reformista es aquel comprometido con las políticas de “modernización y desregulación” de la economía. Un ejemplo singular de esto lo aporta un reciente debate interno en la fracción parlamentaria del Partido Liberación Nacional en torno –precisamente- a la actitud frente a la globalización. La diputada Joyce Zurcher criticando la actitud de algunos diputados opuestos a la apertura de la economía y las privatizaciones decía: “el ala conservadora de la fracción piensa más en las instituciones estatales como un fin y no como un medio (...) ese grupo desprecia el aporte del sector empresarial como generador de riqueza y empleo”. La Nación, miércoles 18 de junio de 2003.

de lucha circunscrito estrictamente al marco del Estado Nación esta obsoleto. Esto no representa ningún descubrimiento, pero ahora más que nunca se hace imprescindible replantear una estrategia de articulación en el plano internacional, pues el problema de la transformación de la sociedad capitalista no se puede poner más que en el ámbito global.⁴⁵

Aun y cuando el internacionalismo socialista fue un fenómeno complejo y tuvo diversos niveles y expresiones, es evidente su declinación como consecuencia de la desaparición de las condiciones específicas que le dieron origen. Aquel internacionalismo formulado por Marx y Engels, nutrido por el universalismo religioso, el cosmopolitismo burgués y el socialismo del siglo XIX, situaba al proletariado como el sujeto internacionalista y revolucionario privilegiado⁴⁶ y al partido como el instrumento fundamental del internacionalismo. Pero Marx no sólo subestimó la fuerza del nacionalismo, sino también, sobre-valoró el internacionalismo instintivo del proletariado.

El internacionalismo socialista no pudo abstraerse de una realidad que le limitaba: los partidos operaban dentro del marco del Estado-Nación y en torno a ese escenario es que dirigían sus políticas y estrategias. La prioridad fue siempre el plano nacional, lo que limitaba en gran medida cualquier política internacionalista socialista. Esto se manifestó con vehemencia cuando el internacionalismo socialista no fue capaz de pasar su primera prueba de fuego: en los albores de la I Guerra Mundial, los partidos socialistas de Francia y Alemania fracasaron no sólo en su intento de mantener la paz, sino que además, sucumbieron al nacionalismo, votando en los parlamentos a favor de los créditos de guerra. Aun y cuando hubo resistencia interna a esta medida, la consecuencia inmediata fue la ruina de la II Internacional fundada en 1889.

Las divisiones y rencillas dentro del movimiento socialista se expresaron en el plano internacional en la fundación del Comintern (1919), más tarde disuelta por Stalin en 1943,⁴⁷ sin que ésta hubiera otorgado en su corta vida, ninguna importancia a Latinoamérica⁴⁸ y posteriormente en la refundación de la II Internacional como Internacional Socialista, IS, en Frankfurt (1951), agrupando a los partidos que habían apostado por una vía pacífica y democrática al socialismo.

A pesar de que la idea del socialismo democrático ha sido siempre una idea internacionalista, los partidos han violado este principio en muchas ocasiones después de la aprobación de los créditos de guerra en 1914, siendo ese internacionalismo, no más que una proclama no ya sólo desde el punto de vista programático, sino sobre todo desde

⁴⁵ Bertinotti, Fausto. Quince tesis para la construcción de una nueva izquierda europea de alternativa. Rebelión. www.rebellion.org/izquierda.htm

⁴⁶ Waterman, Peter. *El internacionalismo socialista ha muerto. ¡Viva la solidaridad global!* Nueva Sociedad No. 122. noviembre 1992. Caracas. p. 48

⁴⁷ Al principio, los partidos del Comintern demostraron una disciplina de hierro en el rechazo a cualquier expresión de nacionalismo local, pero la premisa del “socialismo en un solo país”, cristalizó en una nueva forma de nacionalismo asociado a la autocracia que se empezaba a organizar en la Unión Soviética y que subordinaría todas las actividades del Comintern a los intereses nacionales del estado Soviético. ver. Anderson, Perry. *Internationalism: A Breviary*. New Left Review – March april 2002.

⁴⁸ Como lo ha determinado Manuel Caballero, en el plan de la revolución mundial propuesto, Latinoamérica ocupó siempre el último lugar. La historia de las secciones latinoamericanas, como de la Internacional en su conjunto, es la historia de un fracaso. El mundo colonial vivía un periodo pre-revolucionario que a veces planteaba situaciones que entraban en conflicto con los intereses diplomáticos y las conveniencias de la URSS como Estado. Cuando esas contradicciones finalmente afloraban, la decisión final favorecía siempre a la URSS y al partido-guía de la Internacional. *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas. 1998. p 215

el punto de vista organizativo⁴⁹. El socialismo democrático no fue capaz de evitar el avance del fascismo antes de la II Guerra Mundial y después de ésta, con honrosas excepciones como la sueca, no pudo evitar la bipolarización internacional y el sometimiento al atlantismo.

La crisis de la Internacional Socialista

Al tenor del éxito y expansión del modelo keynesiano y del marco político ideológico de la Guerra Fría, la IS se convirtió en el principal referente internacional de la izquierda democrática en el ámbito mundial.

Aunque nunca llegó a ser un actor protagónico de la política internacional, y que ha tenido siempre un perfil euro-céntrico, la IS fue capaz de canalizar distintos flujos de cooperación y solidaridad. En Europa la IS tuvo un rol muy destacado en la lucha por la democracia en países como España y Portugal. En África, la Internacional brindó un amplio apoyo a los movimientos de liberación nacional que luchaban contra el colonialismo y el racismo.

En Latinoamérica es justo destacar el activo rol ejercido por la IS a favor de los derechos humanos, la paz y la democracia, especialmente en Centroamérica durante los años ochenta, cuando la ofensiva guerrillera de Reagan amenazaba con extender la guerra toda la región.

En medio de la polarización ideológica de la Guerra Fría, la IS era vista como un foro en el que los partidos del mundo (especialmente los de la periferia) encontraban una tribuna para dar a conocer sus luchas en el ámbito mundial y obtener apoyo y solidaridad. El ex Presidente de Costa Rica y antiguo líder regional de la IS justificaba la vinculación del PLN a la IS en los siguientes términos:

*“Al principio de mi gobierno me encontré con que en Washington no había con quien hablar (...) América Latina estaba dominada por gobiernos militares que no tenían ninguna afinidad con nosotros. Sólo en Europa los partidos afines al nuestro –miembros de la Internacional Socialista- o estaban en el gobierno o formaban la oposición más fuerte en sus respectivos países. (...) Me di cuenta que nuestros pequeños países podían aprender de lo que se había logrado allá y obtener asistencia técnica y ayuda financiera más fácilmente”.*⁵⁰

Hasta cierto punto, la IS ejercía un rol de “contrapeso” político frente a las políticas imperiales. Sin embargo, la crisis estructural que afecta a los partidos socialdemócratas como consecuencia del fin de la Guerra Fría, indisoluble de la crisis del keynesianismo, se llega a reflejar inevitablemente en el plano internacional a través de una crisis de identidad de la IS, que se intensifica con el surgimiento de las corrientes “renovadoras” al interior de los partidos europeos, que plantean un desplazamiento hacia posiciones conservadoras. La IS deja de ser una tribuna cuestionadora del sistema capitalista. Si en su declaración fundacional de 1951, la IS todavía hacía referencia a la “superación del sistema

⁴⁹ Lafontaine, Oskar. *El corazón late a la izquierda*. Paidós. Barcelona, 2000. p. 11

⁵⁰ Oduber, Daniel. *Nosotros y la Internacional Socialista*. San José, 1981. p. 6

capitalista”⁵¹; para 1989 durante el Congreso de la IS en Estocolmo, la Nueva Declaración de Principios, simplemente dejó de hacer referencia a su abolición. A partir de ahí, los años recientes han sido testigos de un comportamiento más y más contradictorio en esa misma dirección.

Si en los años setenta, a través de la lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional, la IS y sus partidos estructuraron algo parecido a una “visión de mundo”, en la actualidad la acción internacional de la socialdemocracia aparece des-coordinada, sin que la IS haya podido generar los consensos necesarios para definir un posicionamiento claro ni ante el Capitalismo Global, ni ante los grandes conflictos políticos de la post guerra fría.

Tanto la Guerra del Golfo Pérsico, como los bombardeos de la OTAN en Yugoslavia en 1999⁵², fueron apoyados entusiastamente por gobiernos socialdemócratas que se sometieron a la presión del belicismo norteamericano, lo cual no quedó impune ante la crítica de los sectores más progresistas de estos partidos⁵³. La gota que ha derramado el vaso, ha sido el incondicional apoyo que el gobierno laborista de Tony Blair dio a George W. Bush en su cruzada imperial para desalojar a Sadam Hussein, dejando perplejos y avergonzados a grandes sectores de la socialdemocracia mundial y del propio laborismo británico. Ante una actitud tan incompatible con los principios socialistas, la IS ha respondido con el silencio. ¿A dónde quedó el ideal pacifista de Jean-Jaurès, de Olof Palme, de Willy Brandt? ¿A dónde están las diferencias entre la socialdemocracia y el proyecto neo-imperial de los EE.UU.?

La Internacional Socialista no ha hecho más que reaccionar, en forma timorata, ante estos acontecimientos que han dividido aún más al socialismo democrático, debilitándola y haciéndola marchar sin rumbo. Esquivando la responsabilidad de asumir posiciones firmes y consecuentes con los principios, sin asumir una verdadera autocrítica y cada vez más incapaz de acomodar lo conciliable con lo irreconciliable.

La IS se ha convertido en un espacio de discusión con muy poca incidencia en la política internacional. Antes –decía Mario Soares, ex presidente de Portugal- la prensa daba una amplia cobertura a las reuniones y pronunciamientos de la IS, ahora las reuniones y congresos pasan prácticamente desapercibidos. El propio Felipe González, figura protagónica de la IS en los últimos 25 años, reconoce que la IS:

⁵¹ Declaración de Principios de la IS aprobada en Francfort en 1951. En *Historia de la Internacional Socialista*. Kart-Ludwig Günsche et al. Nueva Sociedad. México. 1979. p. 265

⁵² El bombardeo de la OTAN fue apoyado por Lionel Jospin, Gerhard Schröder, Massimo D’Alema y Tony Blair. Ignacio Ramonet se cuestionaba respecto a esta participación de los líderes socialdemócratas europeos: “ ¿Cómo dirigentes socialdemócratas, herederos de Jean Jaurès y de una larga tradición de legalismo internacional, pudieron ceder hasta ese punto a las presiones de Washington y embarcarse en una aventura guerrera que no cuenta con la menor legalidad internacional? Kosovo. en *Geopolítica del Caos*. Temas de Debate. Madrid 2001

⁵³ Lafontaine dice en *El corazón late a la izquierda*; “Como sabemos hoy, no se consiguió ningún objetivo. Ni la OTAN consiguió evitar la catástrofe humana en Kosovo, ni pudo evitar pérdidas entre la población civil de Serbia. Por supuesto, esa guerra, que destruyó la economía y la infraestructura de Serbia, estaba dirigida también contra el pueblo serbio. Durante la guerra me vinieron dudas de si había sido lo correcto dimitir a la vez de los cargos de ministro de Finanzas y de presidente del SPD. La política de paz y de distensión de Willy Brandt era para mí, como para muchos otros, uno de los motivos básicos para afiliarme al SPD. Asentir a la política de Schröder en lo que se refiere a Kosovo se me había hecho muy difícil desde el principio”.

“No tiene capacidad de generar en el conjunto del sistema, ideas que sirvan en el plano internacional para alimentar las alternativas de los miembros de cada uno de los continentes”⁵⁴

El ingreso masivo e irrestricto de partidos a la IS, después del desmembramiento del bloque comunista y de la apertura democrática en el mundo en desarrollo, no fortaleció políticamente a la organización, que ha devenido en una “Torre de Babel” en la que se expresan los más diversos extremos: desde al Partido Revolucionario Institucional, PRI (baluarte del neoliberalismo en Latinoamérica) pasando por el Congreso Nacional Africano, CNA de Nelson Mandela; de los kurdos iraníes hasta los laboristas británicos.

Como espacio de discusión, la IS ha perdido protagonismo e importancia frente a espacios regionales y otros foros de discusión. En el ámbito europeo, la importancia que los partidos otorgan a la IS es cada vez menor, pues éstos prefieren acomodar su agenda internacional al Partido de los Socialistas Europeos, PES, que a través de su incidencia en los distintos órganos de la UE, ofrece un medio mucho más eficaz para articular políticas transnacionales. En otros casos, políticos como Tony Blair deciden crear su “propia” internacional, como es el caso del *Progressive Network*, espacio de discusión periódico de los -cada vez menos- seguidores de la Tercera Vía. En el *Progressive Network* han participado figuras como Göran Persson, Thabo Mbeki, Fernando Henrique Cardoso, Ricardo Lagos y Bill Clinton. La presencia de este último, responde a una tendencia creciente de algunos socialdemócratas (especialmente los laboristas británicos y los Democratici di Sinistra, de Italia) de buscar una convergencia con los “sectores progresistas de la política norteamericana”, a donde éstos ubican al Partido Demócrata. ¡Como si los Demócratas no fueran uno de los pilares del establishment!

La situación de la IS es especialmente crítica en América Latina, donde esta organización refleja con más claridad la crisis que vive la socialdemocracia. La IS pasó de ser una organización representativa de la izquierda democrática continental, que canalizaba importantes flujos de solidaridad desde Europa, a una entidad que ha venido asumiendo en los últimos años posiciones más y más conservadoras y que no tiene ningún posicionamiento crítico frente a temas tan trascendentales como el ALCA, el Plan Puebla-Panamá o los tratados de libre comercio. No podía ser de otra manera, cuando las expresiones regionales de la IS, en la gran mayoría de los casos, se han convertido en parte fundamental del statu quo neoliberal (Acción Democrática, Unión Cívica Radical, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, etc.).

Las iniciativas de reforma interna de la IS que se han planteado, especialmente la Comisión Progreso Global, convocada para proporcionar un nuevo marco de orientación a la IS, no consiguieron enderezar ideológicamente a la organización. El documento presentado por la Comisión, parte de supuestos bastante cuestionables a luz de lo que ha sido el comportamiento reciente de los partidos socialdemócratas:

“El socialismo democrático ha nacido y se ha desarrollado, en una permanente relación crítica con el capitalismo”

Mientras que párrafos más adelante, se verifica una profesión de fe en el modelo al que supuestamente se critica, una verificación más del carácter acomodaticio claudicante que

⁵⁴ *Entrevista a Felipe González*. Revista Leviatán. No. 64. Madrid, Verano de 1996. p. 22

expone la socialdemocracia contemporánea. El mismo léxico neoliberal del “Consenso de Washington”:

“Respetamos y defendemos la función creadora de riqueza del mercado. La democracia siempre se ha desarrollado en sociedades de libre empresa (...) Apostamos por políticas económicas sanas, equilibradas, capaces de generar crecimiento y empleo. Política monetaria y económica forman parte de un tándem al servicio del crecimiento estable y del empleo”⁵⁵

Si por un lado se hace una crítica al neoliberalismo y a su naturaleza fundamentalista, a la sacralización del mercado y al “individualismo desintegrador”, la perspectiva del documento no se atreve a asociar estos males al Capitalismo Global como sus expresiones inherentes. Se ve el árbol, pero no al bosque. Tampoco la Declaración de París, adoptado por el XXI Congreso de la IS, aporta una orientación clara. La globalización no es concebida críticamente como lo que en realidad es: un proceso de extensión a todos los rincones del globo de las relaciones económicas, industriales, culturales y políticas de la sociedad capitalista, sino como producto “neutro” o “natural” de la revolución tecnológica, la biotecnología y la información. Un proceso que “abre espacios de oportunidad completamente nuevos, que permiten iniciativas transformadoras de dimensiones extraordinarias”⁵⁶. ¡Hasta economistas liberales como Joseph E. Stiglitz, Jeffrey Sachs o Paul Krugman son más enérgicos contra la globalización!

Al final, los extensos trabajos de la comisión no trascendieron las contradicciones internas entre las corrientes renovadoras, las estatistas y las liberales que conviven al interior de la IS. Cuando el documento final de la Comisión González fue presentado en el marco del Congreso de París, éste fue opacado por la polémica generada por la Tercera Vía de Tony Blair y la resistencia que ésta generó en algunos sectores como el socialismo francés.

En un mundo globalizado donde la lucha social vuelve de nuevo a las calles, la IS corre el riesgo de ser rebasada ampliamente por otros espacios de acción política mucho más plurales e ideológicamente consecuentes.

No se trata de descalificar completamente el potencial político de la IS. Después de todo, sigue siendo el foro de la izquierda política más grande del mundo. Pero tal y como lo afirma Ralph Miliband en su libro *Socialism for a Sceptical Age*, un nuevo internacionalismo de izquierda tendrá que ir mucho más allá de la capacidad de la actual IS. Mientras los partidos social demócratas no sean capaces de estructurar un programa común en el plano internacional, sus acciones concretas en el plano internacional no tendrán ninguna incidencia. La IS podrá seguir existiendo, pero únicamente como fantasma de lo que sus fundadores imaginaron.

⁵⁵ *Nuestro Compromiso: el Progreso Global*. XXI Congreso de la IS. París. en Seminario Nacional Escuela Ernesto Jaimovich. Buenos Aires, diciembre 1999. p. 181

⁵⁶ Declaración de París: los desafíos de la globalización. Op. cit. p. 169

¿Nuevo internacionalismo o nueva Internacional?

Un nuevo internacionalismo debe partir de la premisa de que existe un marco de acción política y de gobierno que trasciende los límites del Estado-Nación, y de la falsedad de una globalización neoliberal y sus procesos como ineluctables.

Más allá de las serias limitaciones de la IS, no está aún claro si lo que se hace necesario es la formación de una nueva Internacional, que replantee los objetivos de la izquierda política en el ámbito mundial, integrando a aquellas organizaciones políticas socialistas y democráticas que realmente están comprometidas con la construcción de un orden social alternativo al Capitalismo Global. Una nueva convergencia internacional de la izquierda política posiblemente se deba dar sobre criterios distintos a los que han integrado a la IS. Así como Mario Soares plantea la necesidad de elegir de qué lado de la barricada se va a estar, así también es necesario converger en el plano internacional sobre bases democráticas, pluralistas y de criticidad hacia el Capitalismo Global.

Lo que sí está claro es que el nuevo internacionalismo que nace, inspirado por los principios que han guiado al movimiento de resistencia global (“el mundo no es una mercancía”; “otro mundo es posible”; “no a la guerra, no en mi nombre”) requiere necesariamente del concurso de la izquierda política, que por sí sola, está imposibilitada para llevar a cabo la tarea de replantear la idea de progreso. En el marco del *Global Progressive Forum*, el ex Primer Ministro danés Poul Nyrup Rasmussen reconocía:

*“Political parties, socialist and social democrat parties and other progressive political forces in the world, NGOs, trade unions, ethical businesses, academics, and individuals in international organizations who, because they are all part of this community, are capable of making change happen but only if they join forces. Social democracy cannot shape a better world agenda on its own. Nor can civil society. Nor any other communities taken in isolation. If we do not get together, we will fail.”*⁵⁷

La resistencia es posible, lo demuestran las miles de voluntades individuales y colectivas unidas y movilizadas en todo el mundo contra el designio hegemónico del capital. Pero protestar no basta, llenar las plazas y calles de militantes no basta. Es imprescindible contar con los instrumentos de una izquierda política. Fausto Bertinotti decía en un artículo publicado en *The Guardian*:

“In the past few months, large numbers have taken to the streets, part of a worldwide movement against the war. But the war was waged anyway, without any price yet paid by the forces that wanted it. In Italy, there has been a major movement around employment issues, including industry-wide strikes and general strikes, but the government still managed to pass dangerous laws such as the Maroni decree (restricting pension rights). There has been a mass mobilization over unfair dismissal rights. And yet we lost. In France, after major struggles, the Raffarin government is carrying on its attack on the pension system. In Germany, for the first time

⁵⁷ Discurso final pronunciado el viernes 28 de noviembre de 2003

in 50 years, IG Metall ended a strike to extend the 35-hour working week on the eastern regions without achieving results whatsoever.⁵⁸

La resistencia es la posibilidad que tiene la izquierda política de volver a ser consecuente con los principios de “cambiar la vida”. Es la oportunidad de volver a la calle y encontrarse con aquellos a quienes la visión de la política vista únicamente como “arte de lo posible”, nos ha hecho desatender.

Como lo señala Michael Löwy, la cuestión de la resistencia internacionalista al capital, ha adquirido en nuestros días una gran trascendencia. Diversas iniciativas como el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo convocado por los zapatistas, han tenido un gran impacto internacional⁵⁹. A esta iniciativa le siguieron las grandes movilizaciones de resistencia global en Seattle, Praga, Estocolmo, Bruselas, Washington, Quito, Génova y Florencia y muy especialmente el Foro Social Mundial de Porto Alegre en sus ya cuatro ediciones. Ya no existe una agenda única y absoluta que confina a la humanidad a ser solo una víctima de la lógica del capital.

El FSM es un espacio imprescindible para las fuerzas progresistas, convirtiéndose en un verdadero espacio de debate para aquellos que rechazan la estrategia de acumulación mundial del capital y están comprometidos con una globalización alternativa. Su fuerza y creciente legitimidad se basan en su diversidad y pluralismo. Aunque la deliberación plural y la voluntad de cambiar la vida no son nada sino se cuenta con los medios políticos para conseguir ese cambio, el FSM ha sembrado por lo menos, la semilla de una nueva actitud ciudadana transnacional, mucho más consciente de hacer de la interdependencia un canal de solidaridad.

Sus ya tres ediciones han supuesto el encuentro sin precedentes, de miles y miles de activistas de todo el mundo, ofreciendo la posibilidad de articular luchas y campañas comunes contra el neoliberalismo.

En Latinoamérica, la articulación de un nuevo internacionalismo progresista no puede obviar el marco hemisférico de los procesos definidos por el neoliberalismo: NAFTA, CAFTA, ALCA, Plan Puebla-Panamá, etc. Este es el punto de partida de cualquier política internacionalista. Afortunadamente, el proceso de concientización crece cada día. Desde las negociaciones y posterior aprobación del NAFTA, se empezó a reconocer la necesidad de articular hemisféricamente⁶⁰ la resistencia. En este plano, es mucho más lo que ha podido hacer la izquierda social que la izquierda política⁶¹.

Hace falta una serie de valores y principios comunes que vuelvan a unificar a Latinoamérica como “Patria Grande”. Esta Patria Grande no se puede sustraer de la lucha global por un mundo alternativo, regido por la igualdad social y no por el lucro, por la solidaridad y no por la competencia, por el respeto al Pachamama y no por la depredación. Pero no por ser partícipes activos de una lucha como ésta, las soluciones a

⁵⁸ Bertinotti, Fausto. *Reformist social democracy is no longer on the agenda*. The Guardian. Monday August 11, 2003

⁵⁹ Löwy, Michael. *¿Por una Quinta Internacional?*. Revista Rebeldía. Reproducido en Rebelión, 1 de febrero de 2003. www.rebellion.org

⁶⁰ La lucha contra el NAFTA, el ALCA y otras iniciativas a propiciado una positiva convergencia con organizaciones progresistas de Latinoamérica y Estado Unidos y Canadá. Algunas de las organizaciones norteamericanas que han participado más activamente es estas luchas son: Canadian Trade Unions, CTU; Public Citizen; OXFAM, Global Exchange; AFL-CIO.

⁶¹ Con la posible excepción del Foro de Sao Paulo.

los problemas regionales o las bases de un nuevo latinoamericanismo nos van a llegar de lejos.